

# PRENSA Y PERIODISMO

Por MARIA ASUNCION MARTINEZ BARA

**T**EMA apasionante siempre es este del periodismo y de la prensa. La importancia de ésta en los tiempos modernos, como pública expresión del pensamiento, como órgano colector, encauzador y formativo de la opinión pública, es tal, que la vida de los Estados en nuestros tiempos, no podemos imaginarla sin ella.

## *Reseña histórica.*

Antes de hablar del inmenso, del avasallador poder de la prensa, haremos un bosquejo histórico de ésta y del periodismo. ¿Cuál fué su origen? «La cuestión del origen estricto de la prensa será muy distintamente solucionada, según lo que se entienda por periódico»—dice Bücker—. El periódico, en el sentido que hoy tiene, en realidad no aparece hasta mucho después de la invención de la imprenta. Nace con ella, pero durante más de un siglo, lleva vida oscura, casi latente. Es en los comienzos de la Revolución Francesa cuando lo que podemos llamar prensa moderna, adquiere, quizás sin darse cuenta los grandes ingenios de la época, y hasta con el anatema de algunos de ellos, como veremos luego, un rápido, un ingente desarrollo. Pero considerando el periodismo como necesidad social, como una necesidad sentida por los pueblos para relacionarse, para comunicarse unos ciudadanos con otros, entonces podemos afirmar que el periodismo existió ya en los pueblos antiguos. Hay quien cree encontrar en Grecia su cuna, aunque otros aseguran que Grecia satisfizo esta necesidad de comunicación por medio de heraldos e inscripciones. Según el historiador Josefo, los caldeoasirios

tenían escritores dedicados a recoger y consignar día por día los sucesos más notables. Pero en realidad Roma es quien dió vida, como a tantas otras cosas, a la prensa, siquiera fuese en su forma embrionaria. Los Sumos Pontífices, creados por Numa, redactaban ya unas como efemérides, parte de las cuales se hizo pública en tiempo de Apio Claudio. Eran los *Annales maximi* que otro Pontífice suprimió. Roma, al ser dueña de inmensos territorios en todo el Mediterráneo, se vió en la necesidad de establecer una comunicación entre los ciudadanos romanos habitantes en las distintas provincias. Los funcionarios, los mercaderes, querían saber lo que ocurría en la metrópoli, no sólo la marcha de los asuntos políticos, sino los de cualquier otra índole. César fué quien, en la época de su primer consulado, hizo que la información pública tuviera un carácter más amplio y en mejores condiciones: en este sentido puede considerársele como el fundador de la primera institución semejante a la prensa. Existían las *Acta Senatus* y las *Acta diurna Populi Romani*. Las primeras insertaban únicamente los acuerdos del Senado y fueron suprimidas por Augusto. Las *Acta diurna*, «los hechos del día», publicaban otras mil noticias, no ya sólo de carácter político y referentes a la Casa imperial, sino asuntos varios (construcción de edificios, ceremonias públicas, fenómenos atmosféricos, matrimonios y divorcios de familias ilustres). Se anotaban también muy diversos datos estadísticos, número de nacimientos, de defunciones, de animales de labor, rendimiento de las distintas cosechas. Incluso no faltaban los relatos escandalosos más o menos verídicos. Estas actas se fijaban en los sitios públicos y se sacaban inmediatamente copias que los *librarii* vendían por separado obteniendo un gran éxito. Juvenal, en una de sus *Sátiras* alude a las matronas romanas que se pasaban buena parte del día leyendo el diario (*Acta diurna*).

Las persecuciones sufridas por el Cristianismo, obligaron a los fieles a escribir las *Actas de los Mártires*, interesantísimas para reconstruir más tarde la historia de las persecuciones.

En la Edad Media, con el régimen feudal que reducía todo a muy estrechos límites, no hubo ambiente favorable para el desarrollo del periodismo, ya que éste lleva en sí la idea de comunicación y de sociabilidad. No obstante, la expansión del comercio, por una parte; la divulgación de la cultura al crearse las Universidades y muy especialmente la Iglesia, por otra, contribuyen a que resurja en forma apropiada a las nuevas necesidades. Eran simples relatos de hechos en las ciudades importantes día por día y año por año. Dentro de nuestra península muy

principalmente en el reino de Aragón y Cataluña. Cataluña, con su expansión mediterránea, con su trato comercial con otros países, realiza en este sentido un papel semejante al de la antigua Roma.

Y llegamos a la invención de la imprenta, que marca un hito en la humanidad. En este momento crucial tres factores se conjugan para que el hombre pueda conocer periódicamente, es decir, en épocas fijas, los acontecimientos culminantes: la invención de la imprenta, la formación de las nacionalidades y el existir una cada vez mayor facilidad en la comunicación entre los pueblos. Aparecen las llamadas «Relaciones». El momento era propicio: guerras civiles y guerras religiosas, entre católicos y protestantes, asolaban Europa: unos y otros contendientes deseaban conocer lo antes posible el resultado de las batallas, la realización de tal o cual alianza que había de favorecerles o perjudicarles. Estas Relaciones tuvieron un maravilloso éxito, siendo Alemania e Italia los focos principales de esta efervescencia periodística, extendiéndose rápidamente por toda Europa. Al propio tiempo, las casas comerciales más importantes de Alemania publicaban con regularidad unas hojas manuscritas dando noticias, no sólo de Europa, sino de Asia y de América. Naturalmente estas hojas, dado el procedimiento de publicación, no podían tener muy amplia área de dispersión, sino que no pasaban de las respectivas capitales y aun dentro de éstas se limitaban a un pequeño círculo de personas cultas. Según parece, el éxito que tuvieron se debió principalmente a que se permitían de vez en cuando censurar los asuntos públicos. ¿Y España? Desde la segunda mitad del siglo xv nuestro país ha producido una rica serie de documentos periodísticos, imprescindibles para explorar algunos aspectos de la evolución general de la prensa. Parece ser que se conserva una Relación en la que se da cuenta de los festejos que tuvieron lugar con motivo de las bodas de doña Juana, la hija de los Reyes Católicos, con el Archiduque de Austria en 1496. En tiempo de Carlos V corrían varias de estas Relaciones con noticias diversas para el público, que se imprimían después en las provincias, atravesando los mares para llegar a los dominios españoles. Entre ellas, una de 1509 que se conserva en la Universidad Central, procedente de la de Alcalá de Henares, narrando la vuelta de Africa del cardenal Cisneros, después de la expedición y conquista de Orán. Pero la mayor parte de estas Relaciones no tienen pie de imprenta y su tamaño es diverso. Pasados los albores del siglo xvi, lograron dichos papeles noticieros mayor desarrollo, no sólo en Madrid; sino en Barcelona, Sevilla, Cuenca, Toledo.

La *Historia de la Gaceta de Madrid*, de don Aurelio Fernández Guerra, cita varios papeles en folio, raros y curiosos, siendo el más importante de ellos — que citamos por ser el primero que lleva pie de imprenta — «*La entrada que los Reyes hicieron en Madrid a la vuelta de su casamiento, de los reinos de la Corona de Aragón, Domingo 24 de Octubre de 1599. Con licencia. En casa de Clemente Hidalgo en la calle de la Plata. Allí las hay*». Clemente Hidalgo tuvo una imprenta en la calle de la Plata de Sevilla. Como se deduce de la fecha, se refiere al matrimonio de Felipe III con su prima doña Margarita de Austria.

La más antigua Relación impresa en Madrid, según puede verse en el Catálogo que hay al final de la obra titulada *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*, escrita por Cabrero y publicada en Madrid en 1857 por don Pedro José Pidal, es la siguiente: «Relación de los sucesos que tuvo don Luis Fajardo, Capitán General de la Armada de la Italia con los navíos de holandeses, ingleses y franceses en las Islas de Santo Domingo, Canarias, etc. Madrid, 1606». Dicho Catálogo menciona más de ciento cincuenta Relaciones, impresas todas ellas en la capital de España.

Vemos, pues, que en todas las lenguas de Europa existían estos papeles sueltos, estas hojas volanderas, que en verdad pueden considerarse como un esbozo, tosco e imperfecto, desde luego, pero esbozo al fin, del periodismo moderno. Mas carecían de periodicidad en su aparición y hasta de título uniforme. Es a comienzos del siglo xvii cuando van adquiriendo estas características y se las denomina «Relaciones» o «Gacetas», palabra que está tomada del italiano (*gazzeta* diminutivo de *gazza*, esto es «urraquilla», «cotorrilla», la que todo lo dice, todo lo cuenta). Como en todo, hay varias ciudades que se disputan el hecho de haber aparecido en ellas la primera Gaceta. Según se dice, fué en Amberes en 1605, siguiéndole Alemania, Inglaterra, Italia, Francia, y más tarde los países nórdicos. Esta disputa es obvia: el surgir del periodismo en forma ya muy semejante a la moderna, puede decirse que fué simultáneo en los diversos países de Europa, puesto que ello obedecía a las mismas causas y estaba favorecido por análogas circunstancias.

La aparición de nuestra Gaceta Oficial de Madrid tuvo lugar en 1661, siendo su publicación mensual, cuando ya en otros países era semanal. Su título fué: *Relacion o Gaceta de algunos casos particulares, así políticos como militares, sucedidos en la mayor parte del mundo hasta fin de diciembre de 1660*. El pie de imprenta decía: «Con licencia en Madrid por Julián de Paredes, Impresor de libros en la Plaçuela del Angel, año

de 1661.» Su tamaño era en 4.º y constaba de cuatro hojas. Su publicación sufre diversas vicisitudes: desde 1677 aparece semanalmente, hasta 1680 en que deja de publicarse; desde 1697 salió todos los años con la regularidad que se había impuesto y ya con el título de *Gaceta de Madrid*.

En el intervalo de tiempo en que no se publica la *Gaceta*, especialmente desde 1683, salen otras hojas con el nombre de «Noticias verídicas, nuevas ordinarias, nuevas singulares, nuevas grandiosas, relación histórica». Simultáneamente con la *Gaceta*, siguen apareciendo éstas con la denominación de «Noticias ordinarias y extraordinarias».

Como dato curioso citaremos el manuscrito que corría por Madrid en los años de 1735 y 1736 y que no puede considerarse dentro del terreno periodístico: era más bien un folleto. Nos referimos a *El Duende de Madrid*, escrito satírico dirigido especialmente contra el ministro de Felipe V, don José Patiño. Este manuscrito era introducido clandestinamente en Palacio, apareciendo ya entre los dobles de las servilletas del rey o de la reina, ya en el bolsillo de la casaca de los ministros, sobre todo en los de la de Patiño.

En el siglo XVIII, bajo el primer Borbón y patrocinada por él, en 1737, aparece en Madrid una especie de revista titulada *Diario de los Literatos de España*, en la que colaboran ilustres escritores de la época.

Poco más tarde se publica, traducido del francés, el *Mercurio histórico y político*. Fué una magnífica idea la de introducir esta publicación, ya que a excepción de la *Gaceta* y del *Diario de los Literatos*, en España no había por entonces otros periódicos, según acabamos de ver. Unos años después se titula ya *Mercurio de España*, su formato es mayor y fué el periódico que subsistió más tiempo a excepción de la *Gaceta* y del *Diario de Madrid* que nació en la segunda mitad del siglo XVIII. Es en 1758 cuando, por Real privilegio, se concede autorización para publicar en Madrid un «Diario», que en un principio, a pesar de su pomposo título de «Diario noticioso, curioso, erudito y comercial, público y económico» daba a conocer escasas noticias. Más tarde se transforma en *Diario oficial de avisos de Madrid*, y ya con mayores dimensiones.

Poco a poco van apareciendo periódicos de tipo diverso: literario, económico, de ciencias y artes, satírico. En todos ellos aparecen las firmas de Quintana, Juan Nicasio Gallego, Moratín hijo, Lagasca y otros escritores y eruditos de la época. Así en el *Correo de los Ciegos de Madrid*, de carácter literario y científico, se insertaron las *Cartas marruecas* y las *Noches lúgubres de Cadalso*.

También en provincias—citaremos solamente a Barcelona—, la Prensa periódica adquiere gran incremento en este siglo. A principios de él se publica en la ciudad condal *El diario del sitio y defensa*; en seguida la «Gaceta» de Barcelona, y en la segunda mitad del mismo, y a semejanza del que se publicaba en Madrid, ve la luz el *Diario curioso, histórico, erudito y comercial, público y económico*, que es el primer diario de Cataluña. Unos años más tarde, en 1792, surge el *Diario de Barcelona*, que aun sigue publicándose. Una colección completa de éste se halla en la Hemeroteca Municipal de Madrid, con un total de unos mil volúmenes.

Con la invasión francesa y con el decreto de libertad de imprenta de las Cortes de Cádiz, nacen nuevos periódicos en toda España. Sigue la prensa las vicisitudes políticas. Fernando VII, en 1815, decreta la abolición de todos ellos, tanto en Madrid como en provincias, a excepción de la *Gaceta* y del *Diario de Madrid*. Con el período constitucional de 1820-1823, aparecen otros, algunos de los cuales tienen corta vida al iniciar en 1824 el Monarca una nueva época de absolutismo. No obstante, y a partir de entonces, se permiten más publicaciones, especialmente de tipo literario. Las *Cartas Españolas* es una de las más importantes de este género, transformándose más tarde en *La Revista Española* en la que Larra, con el seudónimo de «Figaro», publicó sus *Artículos de costumbres* y en la que además de éste colaboraron los escritores afamados de entonces.

En el primer cuarto del siglo XIX se estableció la publicación de un Boletín Oficial en cada provincia, siendo en algunas el primer periódico aparecido en ellas.

A la muerte de Fernando VII, la Prensa periódica adquiere en España mayores vuelos. Son innumerables los diarios, semanarios y revistas que van surgiendo, creados y redactados por políticos y literatos de la época. Los nombres de Espronceda, Larra, Ríos Rosas, Bravo Murillo, Donoso Cortés, Alcalá Galiano, Balmes, Modesto Lafuente, Bartolomé Gallardo, aparecen en unos u otros. Merece citarse *El semanario pintoresco español*, que introdujo en España la ilustración en los periódicos con el grabado en madera. Este semanario recogió las primeras inspiraciones de Zorrilla, entre otros escritores conocidos. Fue fundado por Mesonero Romanos, que en él continuó sus Cuadros de Costumbres con su conocido seudónimo de «El Curioso Parlante». Es una magnífica publicación en la que se dió cabida a numerosas biografías de personajes célebres, y a descripciones de notables monumentos españoles. Contribuye de una manera eficaz al perfeccionamiento del grabado que se

hallaba en franca decadencia. En la *Revista de Madrid* colaboraron Lista y don Pedro José Pidal. Como nota curiosa mencionaremos también uno denominado *La Nueva España*, título exactamente igual, a excepción del artículo, al que hoy se publica en Huesca. Era una crónica hispano-lusitana de literatura, ciencias, artes, industria y comercio. Se publicaba semanalmente; apareció en 1861 y constaba de ocho páginas con un formato algo menor que el de *A B C*.

Hacia 1840 se importa de Francia la afición a los periódicos de modas. En este año se publicaban en España algunas revistas dedicadas exclusivamente a la moda. En Madrid el que gozaba de mayor prestigio entre los elegantes era uno denominado *La Psiquis* que competía con un rival, *La Mariposa*, que aparecía los jueves y que propagó la costumbre de repartir patrones recortables. En provincias algunos periódicos tenían su sección de modas, extendiéndose a los más apartados lugares.

De la segunda mitad del siglo XIX merece especial mención, porque ocupó un lugar muy importante junto a las mejores revistas extranjeras, *La Ilustración Española*.

Algunos periódicos nacidos en el siglo pasado continuaron publicándose durante una buena parte de éste: *El Imparcial*, *La Correspondencia de España*, *La Época*, entre otros. Nos referimos solamente a Madrid, por no hacer interminable y fatigosa esta reseña. Por esta misma razón y por ser ya sobradamente conocidos, no citamos los que se han publicado y se publican todavía en el siglo que corremos. Solamente diremos que siguiendo los vaivenes de la política, y a veces los de la economía de una empresa, han desaparecido unos, han surgido otros, y a todos ellos han ido aplicándose lógicamente todos los adelantos de la técnica moderna.

### *Hemerotecas. La Municipal de Madrid.*

A pesar del preponderante papel que la Prensa ha desempeñado en la vida de la Humanidad, no ha habido un exquisito cuidado, un gran celo, en conservar esto que tanto valor iba a tener para la posteridad, para la Historia. Ya don Eugenio Hartzembuch en su obra, premiada por la Biblioteca Nacional, *Periódicos de Madrid*, se lamentaba de que no todas las publicaciones periódicas fuesen entregadas en el entonces Centro máximo de todas ellas, la Biblioteca Nacional. Se dolía de que no hubiera una legislación previsoramente que supliese con el mandato, la indo-

lencia, la estrechez de ánimo, la incuria de algunos directores, perdiéndose de este modo colecciones íntegras de periódicos. El señor Varela Hervías, ilustre director de la Hemeroteca Municipal de Madrid, en un documentado trabajo sobre la historia y organización de la Hemeroteca, comenta cómo las grandes Bibliotecas—British Museum (Londres), Bibliothèque Nationale (París), Preussische Staatsbibliothek (Berlín), Biblioteca Nacional (Madrid)—hasta hace poco tiempo estimaban que los periódicos eran elementos poco importantes en sus respectivas organizaciones. Por el contrario, siempre se ha concedido extraordinaria importancia a la conservación de las revistas, no sólo en las bibliotecas generales, sino en las de instituciones científicas, universitarias o particulares. Por ello adquiere un mayor relieve la difícil labor llevada a cabo por la Hemeroteca Municipal madrileña, de la que puede decirse que es un Centro especializado en aquello que bibliotecas de primera categoría han considerado como actividad técnica secundaria; y Centro especializado que sirve de norma y ejemplo a instituciones similares posteriores.

Un antecedente de la Hemeroteca—palabra que oficialmente se introduce en 1911—, fué la creación en dicho año de una «Biblioteca Central de Periódicos», cuya iniciativa se debe al entonces Ministro de Instrucción Pública, don Amalio Gimeno; aspiraba «a servir los fines colectivos de la cultura y ofrecía especial elemento de estudio a los que consagran su actividad a las labores del periodismo». Este proyecto se inspiró en la fundación en París, a comienzos de siglo, de una institución semejante y en intentos análogos en Alemania e Italia. El principal objeto de la creación de dicha Biblioteca Central de Periódicos era despertar el interés por la Prensa periódica y promover los estudios acerca de su historia. Pero a pesar de la importancia que esto suponía, no obtuvo el éxito apetecido. En 1915 se intentó fundar «salones populares de lectura» que fuesen como exposiciones permanentes de Prensa periódica. Mas tampoco cuajó el proyecto.

Fué en 1916, siendo el Duque de Almodóvar del Valle Alcalde de Madrid, cuando aquel decreto ministerial de pocos años antes cobró vida al presentar aquél un magnífico informe creando la Hemeroteca Municipal en su doble aspecto de depósito o archivo de periódicos e instituto de investigaciones históricas. Hechas las obras de adaptación necesarias en una de las Casas Consistoriales, en 1918, en la Plaza Mayor, se abrió al público. Sus primeros fondos bibliográficos procedían de la Biblioteca Municipal y del Archivo de la Villa. En un principio la Hemeroteca no constituyó una sección independiente, sino una aneja a la

Biblioteca Municipal, dependencia que dura solamente hasta 1919, en que se separa de ésta y desarrolla su programa con entera libertad. El fondo primitivo lo formaron 900 volúmenes con 200 títulos, recibándose entonces 75 periódicos y revistas. Su primer director y organizador, don Ricardo Fuente, con la inteligente ayuda del Ayuntamiento madrileño y de un selecto número de periodistas llenos de entusiasmo por la idea, logra atraer lectores y adquirir fondos hasta el punto de que, muy pronto, las salas habilitadas resultan insuficientes para unos y otros, y en 1922 se traslada la Hemeroteca a su actual residencia de la plaza de la Villa.

Ya desde un principio, se constituyeron varias secciones independientes: Publicaciones de Madrid, Publicaciones de provincias, Publicaciones del extranjero e Historia de la Prensa. Para el público había dos salas: una general para la lectura de los periódicos diarios y las colecciones corrientes, y otra para los investigadores.

Los fondos de la Hemeroteca, en el transcurso de los años, van en progresión creciente; muchos ingresan como donativos, pero la mayoría por compra, salvándose con ello innumerables colecciones que de otro modo hubieran desaparecido.

Con la participación en la Exposición de Prensa de Colonia, celebrada en 1928, adquiere la Hemeroteca madrileña rango internacional. La aportación española fué casi exclusivamente de Madrid, pues aunque Cataluña envió también sus publicaciones, lo hizo por medio de fotografías. Grande fué el éxito obtenido en la Exposición, no sólo por la cantidad y calidad de lo enviado (701 títulos, de 1661 a 1906) y dentro de éstos lo más representativo desde el punto de vista histórico, sino por lo que suponía de novedad para los extranjeros que desconocían totalmente nuestra historia de la Prensa. A este triunfo se agrega el obtenido al año siguiente (1929) en la Exposición Ibero-Americana de Sevilla. Aparece el Índice de las publicaciones periódicas antiguas y modernas editadas en lenguas ibéricas que figuraban en el Pabellón de Prensa de la citada Exposición. Este Índice se complementa después con una Memoria en la que se relacionan las publicaciones hispano-americanas que se presentaron en la misma, conteniendo dicha Memoria—cosa muy importante—bibliografía de Prensa española. Estos trabajos, debidos al entonces director de la Hemeroteca don Antonio Asenjo, contribuyen a prestigiar la Hemeroteca Municipal de Madrid que va en línea ascendente también en cuanto a ingresos bibliográficos se refiere. Tanto

es así que fué necesario habilitar nuevos locales para depósito de estos fondos, que en 1936 llegan a la cifra de 60.000 volúmenes con 9.500 títulos.

El período de 1936 a 1940, a pesar de las poco favorables circunstancias, no perjudica a la Hemeroteca, pues en una y otra zona se trabaja intensamente por acopiar cuanta prensa periódica se publica, logrando de esta forma mantener el espíritu de unidad necesario para la vida de la institución.

Desde 1940 dirige la Hemeroteca don Eulogio Varela Hervías. Este, si bien ha conservado la primitiva estructura en cuanto a organización, ha introducido también profundas modificaciones en ella, tendiendo especialmente a simplificar los procedimientos técnicos y a modernizarlos. En la catalogación de revistas y periódicos se ha adoptado un sistema internacional: el de la Universidad de Leipzig. La Hemeroteca en la actualidad consta de las siguientes secciones: Catálogo Central, Sección de periódicos, Sección de revistas y Sección de Historia de la Prensa y Bibliografía.

Una de las cosas más interesantes que se realizan en la Hemeroteca, quizás la más importante en lo que a la parte viva y dinámica respecta, es la redacción de papeletas o fichas de todas las noticias, sucesos políticos, sociales, artículos en suma de todo género, así como de retratos, grabados, etc., publicados en revistas y periódicos, dando en cada papeleta una breve reseña de su contenido. Es labor de un valor incalculable para el investigador presente y futuro, labor que debe llevarse a cabo en todas las Bibliotecas, en su Sección de Revistas.

La Dirección de la Hemeroteca se halla también atenta a engrosar su sección histórica, bien completando series antiguas, bien adquiriendo colecciones completas.

La obra cultural que la Hemeroteca ha realizado desde su fundación ha seguido su brillante trayectoria en todos estos años. Al celebrarse el CL aniversario de la fundación del *Diario de Barcelona* (1792), la Hemeroteca madrileña presentó una magnífica Exposición de Prensa Española, teniendo dicha Exposición el aliciente de que pudo admirarse al propio tiempo que los más hermosos ejemplares periodísticos, la evolución y progreso de las artes de la imprenta, desde las primitivas máquinas hasta las modernas rotativas.

Con los duplicados, el número de volúmenes de que consta este Centro, en cuya descripción e historia nos hemos detenido por su abo-

lengo, por su científica organización y por ser el que ha dado la pauta, como hemos dicho anteriormente, a otras instituciones posteriores de este carácter, pasa de los 160.000 volúmenes.

Recientemente se ha instalado un servicio internacional de «microfilm» científico que está realizando una intensa labor en favor de los investigadores.

Y finalmente, y para cerrar este comentario sobre la brillante institución periodística madrileña, citaremos el deseo sentido por ésta, convertido ya en parte en realidad, de crear el Museo del Periodismo Español. En 1942 se instaló el estudio de don Ramón Mesonero Romanos, que refleja fielmente la estancia de un escritor romántico. En ella se conservan sus libros, sus manuscritos, sus cartas y los originales de los artículos publicados en el *Semanario Pintoresco Español*, fundado, como dijimos, por el ilustre literato.

Después de 1939 se ha creado en Madrid la «Hemeroteca Nacional» que en pocos años ha adquirido una gran importancia, colaborando, con la que acabamos de reseñar, a la magna obra de conservar el acervo periodístico.

### *Valor social de la Prensa.*

La Prensa responde a la más apremiante necesidad de nuestro tiempo. Podemos afirmar que la Prensa es poderosa palanca sobre la que obra con toda su fuerza intelectual y social nuestro siglo.

Para el Padre Manjón, en frase feliz, aunque quizás hiperbólica, «el mundo moderno es la Prensa». Hay quien la ha llamado la «gran escuela primaria donde cada uno forma y termina su educación». Ya en el siglo pasado el Marqués de Vega Armijo, en su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales, decía: «Sus mayores enemigos tienen que bajar la cabeza y comprender la importancia que tiene en las sociedades modernas». Porque la Prensa, como todo lo humano, tuvo sus detractores y muy especialmente entre los intelectuales. Nuestro insigne Gracián, en la segunda parte de *El Criticón*, habla con menosprecio de las «Gacetas». Montesquieu y Voltaire, en sus *Cartas persas* y *Cartas inglesas*, respectivamente, se manifiestan en la misma forma. Rousseau escribe a uno de sus amigos: «¿En qué consiste una publicación periódica? Se trata de una obra efímera, sin mérito y sin utilidad, cuya literatura despreciada por la gente docta, sólo sirve para procurar a los

necios y a las mujeres vanidad sin instrucción y cuyo signo es morir por la noche en un armario después de haber brillado por la mañana en el tocador». Diderot, en la *Enciclopedia*, todavía se muestra más bilioso con el periódico: «Todos esos papeles—dice—son el pienso de los ignorantes, el recurso de los que quieren hablar y juzgar sin leer, el azote y el asco de los que trabajan. No han sugerido jamás un renglón bueno a un buen espíritu, ni impedido hacer una obra mala a un mal autor». Es decir, una buena parte de los intelectuales no se dió cuenta de la enorme trascendencia social de aquel elemento nuevo que entraba en juego en la vida de la Humanidad y que había de revolucionarla. Así lo comprendió Balmes, el insigne filósofo de Vich, diciendo que con la Prensa las sociedades modernas tienen un nuevo poder que, combinado con los demás, obra más o menos a las claras, pero siempre con gran eficacia, y los Pontífices León XIII y Pío X, confesando el primero la existencia de una insaciable avidez de leer y el segundo considerando a la Prensa—a la Buena Prensa—como el valor moral del siglo xx.

Y los estadistas, muy especialmente los autócratas—Napoleón, Bismark, Federico el Grande, antes; Mussolini, Hitler, Stalin, después—, han comprendido la enorme fuerza y utilidad de la Prensa. Napoleón consideraba la repetición como la más eficaz de las figuras retóricas. Y así es: el diario y monótono repetir de las mismas ideas acaba las más de las veces por infiltrarlas incluso en los espíritus que parecían más invulnerables a aquéllas. Este concepto napoleónico ha sido asimilado perfectamente y utilizado después a maravilla por jefes políticos de las más diversas ideologías.

Con anterioridad a nuestro siglo se le denominaba el «cuarto poder», pero en realidad es mucho más: es el poder por excelencia y lógicamente más cada vez, puesto que a medida que se han desarrollado los medios de comunicación y se ha perfeccionado la maquinaria, sus resortes de publicidad se han multiplicado y ampliado por tanto su radio de acción. Con el desarrollo de este medio poderoso de emitir y divulgar el pensamiento, cambió indudablemente la faz de la vida pública. Al principio la Prensa tiene muy poco relieve en ésta, como hemos visto; más tarde su fuerza expansiva es tal que el papel que desempeña en la sociedad no admite parangón con ningún otro. La radio, la televisión, el cine son más modernos, tienen extraordinaria importancia en los más diversos aspectos de la vida actual, sobre todo la radio, en lo que a la emisión y divulgación del pensamiento se refiere, pero la Prensa, la letra de molde, tiene sobre ellos la inmensa ventaja de la perpetuidad, de

hacerse perenne por la palabra escrita, de convertir lo efímero, base y esencia del periódico, en historia, y esta historia que se escribe cada día, al correr de los años, hojeando colecciones de periódicos, nos aparece «envasada en presente de indicativo», como decía no hace mucho, en *A B C*, Torcuato Luca de Tena en una de sus «Cartas de América».

Al historiar una época, hasta ahora, el escritor ha tenido como fuente y base el documento, al que indudablemente debemos prestar crédito, una vez pasado por el fino tamiz de la crítica. Pero el documento frío y escueto—documento notarial, las más de las veces—nos dice muy poco del ambiente, de la psicología, del «clima» de la época: el formulismo ahoga los destellos de humanidad que puedan traslucirse del documento; es preciso que entre en juego la fantasía para suplir lagunas, para impregnar el relato de los hechos, de vida, de emoción, de humanidad, que es lo que hace interesante la historia. El historiador del futuro tendrá forzosamente que acudir, como información documental, a la masa periodística, parcial muchas veces, según quien la escriba—¿no fueron acaso parciales los cronistas a sueldo de los monarcas?—, pero que, a no dudar, dotará a la historia de ese signo humano, de esa vida y de esa emoción de que hoy carece. «En las primeras planas de los periódicos—nos dice el doctor Marañón—podremos encontrar la base de la gran historia: en las columnas secundarias, incluso en los anuncios—notas vivas que plasman a maravilla el carácter, el tono de una época—hallamos los cimientos de la pequeña historia, mil veces más interesante, en ocasiones, que la otra».

La fuerza del periodismo es esencialmente espiritual. Su misión esencialmente orientadora y educativa. La profesión de periodista, bien ejercida, es una de las más nobles en todas las sociedades cultas. La misión del periodista es sagrada por este valor educativo que tiene o debe tener. No hay que perder de vista el hecho de que hasta donde ni el médico, ni el sacerdote, ni incluso el maestro llegan, encontramos el periódico, el diario que se desliza por debajo de las puertas. Que para muchos es artículo de fe lo que el periódico dice, lo que el periódico cuenta, que para muchos es quizás la única lectura. Ha llegado a ser instrumento insustituible de todos los ideales, de todas las propagandas, el medio de difusión de mayor alcance y de más prácticas consecuencias, vínculo de información diaria cada vez más deseada y cada vez más necesaria. Por su escaso coste en relación con otros instrumentos de cultura se extiende a todas las capas sociales; lo encontramos igualmente en el más distinguido club que en la más burda taberna; lo

mismo en los barrios elegantes que en los suburbios de la ciudad; así en los puntos de recreo, como en los centros culturales y por si no paramos atención en él, su nombre repetido como un eco, en calles y plazas, llega a nosotros día y noche. Es la forma popular y moderna del libro. Su valor social es, pues, inmenso, mayor que el de éste. Tiene ese poder que resulta de la familiaridad; el libro nos habla desde lejos; el periódico lo más cerca posible, como un amigo entrañable que viene a pasar un rato en nuestra compañía y cuya conversación nos agrada y nos penetra tanto más cuanto menos preparada. La vida pública no se concibe sin la hoja informadora. Para pulsar la amplitud y el vigor de las corrientes intelectuales de un país nada mejor que examinar el grado de desarrollo de la Prensa nacional. Sin periódicos sería imposible mantener en un pueblo el tipo medio de cultura necesario para merecer el nombre de civilizado. El periodismo es un servicio público de enorme trascendencia y responsabilidad social.

Por esta trascendencia, por esta responsabilidad social, por ser tan elevada la misión del periodista, éste debe poseer infinitas cualidades que respondan a ese fin; cualidades innatas (ingenio fácil, pluma diestra, capacidad varia, gran sensibilidad para recoger cuanto rodea el medio ambiente, y gran intuición y penetración psicológica) y cualidades adquiridas; como dice don Manuel Graña, en su obra *La Escuela del periodismo*: «para desempeñar debidamente la función de periodista se necesita un caudal de conocimientos y prácticas no inferior al de cualquier otra profesión intelectual». «Un periódico hecho por iletrados—decía *A B C* recientemente—no sería un periódico leído y acabaría reducido a la nada por falta de lectores». En 1926 se creó la Escuela de Periodismo de *El Debate*, la primera de España basada un tanto en los «Laboratorios de periodismo» americanos. En la actualidad funciona magníficamente la «Escuela oficial de Periodismo» que, además de una formación técnica, tiende—cosa esencialísima—a crear una conciencia de clase.

Naturalmente, el periodista no puede formarse exclusivamente en ninguna Escuela por docta que sea. La Redacción del periódico, la práctica y sobre todo las condiciones innatas del individuo, han de colaborar estrechamente con las normas que tal o cual Escuela, tal o cual Universidad le marquen. Es decir: el periodismo es técnica y es temperamento. Hay cosas que no pueden enseñarse ni pueden aprenderse: por ejemplo, la sagacidad para las «interviews», el vislumbrar una noticia interesante y saber presentarla en forma que atraiga y subyugue al lector. El periodista no debe esperar que la noticia, lo actual—eje del

periódico—le venga a las manos por sí sola. La noticia captada oportunamente es en el periódico el material informativo más útil y el fin profesional del periodismo es informativo. Ya sabemos que hay muchas noticias comunes, estereotipadas, pero aun en esas, la forma de presentarlas y los comentarios que sugieran tienen mucho de subjetivo y aun de espontáneo; la agudeza de ingenio del periodista puede manifestarse aun en la noticia más insignificante. Como decía Daranas, veterano colaborador de *A B C*, en una charla que dió hace unos años en la Escuela Social: «En todo aquello que se pueda decir, tendrá su campo de acción profesional el periodista. Será mejor periodista aquel que informe mejor y lo haga en forma más amena. El lector tendrá todos los días satisfecha su curiosidad y entre un periódico y otro podrán establecerse diferencias. Así el periodista podrá brillar según su talento». Claro es, añadimos nosotros, que al imponérsele como tema para sus artículos los sucesos cotidianos culminantes, carece materialmente de tiempo para pulir su estilo, para perfeccionar lo que ha de ver la luz a las pocas horas: ha de improvisar. Más, no obstante, e insistimos en ello, la personalidad del periodista, su talento y su cultura se imponen aún en esos casos. Esos artículos así improvisados, esos artículos escritos sin previa meditación, y que por comentar un suceso del día, es decir, algo efímero, parecen destinados a morir pasado el momento que los inspiró, si están bien hechos no pierden interés y valor, al perder actualidad. Goethe decía que las únicas obras que perduran son las obras de circunstancias, y así sucede cuando el periodista tiene talento y cultura para comentar los sucesos diarios con consideraciones superiores al tiempo. Los artículos de Larra, de Mesonero Romanos, de Clarín, por no citar a los que viven, perdurarán para recreo y deleite de los aficionados a la buena lectura.

El periodista, pues, ha de poseer sólida cultura: es imposible sostener un periódico con sólo la política: sabemos de infinitos de ellos, nacidos al calor de determinadas circunstancias de este tipo, que desaparecieron tan pronto como pasó la razón política merced a la cual surgieron. Por ello no podemos considerar divergentes las tareas del periodista y las del literato, las del escritor. Podrá haber alguna diferencia en cuanto a la base: el escritor generalmente busca su mundo en el de las ideas; el periodista en el de los demás: la realidad, lo actual, la noticia. Pero es evidente que hay puntos de tangencia. El periodista, al cimentar sólidamente su cultura, la proyecta en lo que escribe, fusionando de esta forma lo puramente objetivo de la noticia con lo que hay

de subjetivo en el comentario, en la crónica, en la crítica. Y el escritor, ahora como antaño, acude al periódico con sus ensayos, sus artículos, colaborando las más prestigiosas firmas y dando tono y elevación al periódico. El periodista-escritor y el escritor-periodista han amalgamado sus funciones.

Por esto parece obvia la polémica sobre si debe restringirse el carnet de periodista sólo a los alumnos que hayan demostrado su capacidad profesional en la «Escuela de Periodismo», o si por el contrario debe concederse también a quienes no habiendo pasado por dicha Escuela, poseen una recia formación cultural contrastada por la posesión de títulos universitarios. Unos y otros, cada cual con su función peculiar—redactores o colaboradores—, tienen amplia cabida en el periodismo por el carácter de universalidad de éste.

El periodista jamás debe descender al ataque personal, jamás debe mojar su pluma en hiel para atacar al adversario, sobre todo si éste no puede defenderse; debe pensar que él posee un arma que el otro no puede esgrimir, y eso, además de cobarde, es anticristiano. El periodista jamás debe traspasar los linderos de la corrección. La imparcialidad, el desapasionamiento, el respeto a la verdad, deben ser normas éticas del periodista. Y normas estéticas también. Por buen gusto, además, aunque no hubiera más altas razones para ello, deben suprimirse esas crónicas espeluznantes, esos sucesos morbosos que sólo atraen la atención del lector inculto. En los periódicos de provincias, en general, hay que dar más amplia cabida a temas culturales: reseñas de conferencias, de conciertos, críticas de estrenos teatrales y cinematográficos de las grandes ciudades; téngase en cuenta que muchos no leen más prensa que la local. En suma, los periódicos deben atender las necesidades espirituales del tipo medio de sus lectores. El periodismo es, no lo olvidemos, la más social de las profesiones. El periodismo es la vida misma. El obispo de Málaga, don Angel Herrera, maestro de periodistas, en la sesión de clausura de la X Asamblea de la Federación de Asociaciones de Prensa, ha dicho algo que puede servirnos de colofón a cuanto llevamos expuesto: «Un gran periódico es la síntesis de un gran pueblo».

## BIBLIOGRAFIA

- HARTZENBUSCH, E., *Periódicos de Madrid. Tabla cronológica de los incluidos en la obra premiada por la Biblioteca Nacional en el certamen público de 1873*. Madrid, 1876.
- CRiado y DOMÍNGUEZ, J. P., *Antigüedad e importancia del periodismo español*. Madrid, 1892.
- HARTZENBUSCH, E., *Apuntes para un Catálogo de Periódicos madrileños desde el año 1661 al 1870*. Madrid, 1894.
- PÉREZ DE GUZMÁN, J., *Bosquejo histórico de la Gaceta de Madrid*. Madrid, 1902.
- PÉREZ MATEOS, F., *Setenta y cinco años de periodismo. Aportaciones para la historia del periodismo madrileño*. Madrid, 1923.
- GRAÑA, M., *La Escuela de periodismo*. Madrid, 1930.
- ASENJO, A., *Catálogo de las publicaciones periódicas madrileñas existentes en la Hemeroteca Municipal de Madrid (1661-1930). La prensa madrileña a través de los siglos. (Apuntes para su historia desde el año 1661 al año 1925)*. Madrid, 1933.
- PRADOS, M., *Ética y estética del periodismo*. Madrid, 1943.
- VARELA HERVÍAS, E., *Noticias sobre la Historia y organización de la Hemeroteca Municipal*. Madrid, 1945.
- DARANAS, M., *El periodismo, profesión social*. Madrid, 1947.

